

EL BEATO JUAN DIEGO*

Monseñor Jorge Medina Estévez

Prefecto de la Congregación

para el Culto Divino y la disciplina de los Sacramentos

INTRODUCCIÓN

El año 1992 es el Vº Centenario del comienzo de la evangelización de América. Habrá conmemoraciones, celebraciones y, sobre todo, un serio empeño en realizar un renovado esfuerzo evangelizador. No faltarán polémicas, y hasta se escucharán voces que dirán que es más bien hora de lamentar que de congratularse.

No sería serio negar que la conquista y la colonización fueron ocasión de abusos graves, muy ajenos por cierto al espíritu y a la letra del Evangelio. Pero insistir solamente en ese aspecto e ignorar lo que significó la llegada de la fe cristiana y católica al nuevo mundo, sería también una falta de seriedad histórica y, lo que es peor, una carencia de perspectiva espiritual. Es mucha ingenuidad presentar la América pre-colombina como un paraíso terrenal.

El objetivo de estas páginas no es aportar más elementos a la polémica: otras personas más calificadas por sus conocimientos históricos harán sin duda publicaciones que contribuirán a hacer luz y a esclarecer la verdad. Lo que me propongo es simple y nada polémico: dar a conocer en Chile la figura espiritual del Beato Juan Diego, ese hombre sencillo y humilde a quien se apareció la Santísima Virgen María en la colina de Tepeyac, no lejos de Ciudad de México.

Me parece muy relevante la persona de Juan Diego, y ello por varias razones.

La primera, porque es, cronológicamente hablando, uno de los primeros frutos de santidad de América, si es que no es el primero. Y como la santidad es el fruto máspreciado del anuncio del Evangelio, interesa mucho reflexionar acerca de las características de este hombre en quien la Iglesia ha reconocido el sello de la gracia y del poder de Dios.

La segunda, porque se trata de un indígena. No es un español, ni tampoco un mestizo: es, usando la terminología impropia que aún empleamos, "indio" un hombre perteneciente a una de las etnias de América y formado en su cultura, bastante ajena a la cultura hispánica. Pero es un cristiano: ha recibido el bautismo siendo ya adulto, y la fe ha calado hondamente en él.

En tercer lugar, porque la aparición a él de la Virgen María constituye todo un símbolo de la evangelización. La Virgen le habla en la lengua indígena, emplea imágenes familiares a la cultura náhuatl, y deja milagrosamente impresa su imagen, en la tilma (ayate = delantal) de Juan Diego, con los rasgos de una niña mestiza, ataviada a la usanza de una doncella principal indígena.

Así es que Juan Diego representa en forma vívida la manifestación del poder de Dios que en todo lugar "busca adoradores que lo adoren en espíritu y en verdad" (Jn 4,23), que "no hace acepción de personas" (Rom 2, 11; Col 3, 25)" y que en todo tiempo ha escogido lo pequeño ante los ojos de los ojos de los hombres, para confundir a los que presumen de grandezas (1 Cor 1,27). Juan Diego es la afirmación nítida de que ante Dios no hay esclavo ni libre, sino que lo que cuenta ante El es la nueva criatura (Gal 3, 28; 6, 15).

La aparición a Juan Diego se inscribe en esa actitud de Dios que los primitivos Padres de la Iglesia llamaron "condescendencia", es decir de servirse, para nuestra salvación, de un "acercamiento" o "abajamiento" hacia nosotros, de asumir lo nuestro, de tomar carne humana, de morar entre nosotros, de hacerse en todo semejante a nosotros, menos en el pecado (Hebr 4, 15). La aparición del Tepeyac calza exactamente con estos criterios de Dios: la Virgen habla en náhuatl, escoge a un hombre que pertenece a la raza que está recibiendo la fe, y se le manifiesta con los rasgos físicos de su pueblo. Pero nada hay en la aparición que pueda sugerir resentimiento o distancia hacia el español o hacia los misioneros; son iguales ante Dios, y recibirán a través de

un indio, la noticia de la primera manifestación de María en América.

Quisiera agregar todavía que la aparición a Juan Diego tiene dos rasgos siempre actuales: la ternura de María y el papel irremplazable que tiene la autoridad pastoral en la Iglesia.

Las fuentes históricas que nos informan sobre el B. Juan Diego son, principalmente, dos: el "Nican Mopohua" y el "Nican Motecpana".

El "Nican Mopohua" es la relación de las apariciones de la Virgen al indio Juan Diego, en diciembre de 1531. Fue escrito en lengua náhuatl entre los años 1545 y 1550, por el sabio indígena D. Antonio Valeriano (1523 - 1605), y se estima que el autor consignó, en elegante idioma náhuatl, el relato de las apariciones tal como lo escuchara directamente de Juan Diego. El manuscrito original se conserva en la Biblioteca del Estado de Nueva York. La fecha del manuscrito, probablemente autógrafo, de D. Antonio Valeriano hace de él un testimonio contemporáneo de Juan Diego.

El "Nican Motecpana" es un complemento del "Nican Mopohua", escrito por otro notable historiador indígena, el noble D. Fernando Alva Ixtlilxóchitl (1577 - 1650), quien al igual que D. Antonio Valeriano, se había formado en el Colegio Imperial de Santa Cruz de Ilatelolco.

En las páginas que siguen he procurado ceñirme a estas fuentes y a algunos escritos de especialistas, evitando hacer afirmaciones que no estén debidamente documentadas. Sobre la base de los hechos haré algunas consideraciones que no serán sino explicitaciones de lo que los mismos hechos sugieren.

Me he servido también de algunas publicaciones hechas en México, y que me han sido proporcionados por Obispos y sacerdotes de esa nación hermana. En todo caso el material empleado no es sino una ínfima parte de la copiosa literatura guadalupana.

El lector excusará la falta de mas detalles: no los tenemos, porque han pasado más de cuatro siglos y medio desde los hechos y los documentos contemporáneos son pocos en pormenores históricos, aunque poseen, al mismo tiempo, una bellísima simplicidad. Si hubiera un paralelo literario entre los documentos

primitivos de la tradición guadalupana y otros escritos de cristianismo occidental, sería tal vez, el de las "Florecillas de San Francisco".

Quien esté bien persuadido de que Dios se revela a los sencillos y humildes (Mt 11,25; Lc 10,21), verá en el B. Juan Diego una confirmación en ese camino de la salvación.

Ofrezco esta modesta obrecilla a la Santísima Virgen María, bajo su título de Guadalupe, y al Bienaventurado Juan Diego, cuya imagen se venera en la diócesis de Rancagua, en la Capilla de Pueblo de Indios, perteneciente a la parroquia de San Juan Evangelista, de San Vicente de Tagua-Tagua. La he escrito pensando en los indígenas de América, en los que son cristianos y en los que aún no lo son, en los hombres y mujeres de esta América morena, en parte importante descendientes de los primitivos habitantes del continente y en todos los que tienen el corazón sencillo. Creo que Juan Diego nos mira desde la gloria de los cielos, ora por nosotros y nos enseña a servir a Dios con sencillez y alegría.

1. JUAN DIEGO ANTES DE SU BAUTISMO

Se dice que su nombre indígena fue Cuauhtlatóhuac, cuya traducción es "el que habla como águila", o "el águila que habla".

Nació hacia 1474 en el "calpulli" (caserío, en idioma náhuatl) de Tlayácac, en el señorío de Cutitlá. Este territorio había sido asimilado ese mismo año por aztecas de Tenochtlán. El "calpulli" era una organización de tipo familiar. Nada sabemos acerca de sus padres, pero sí que tenía un tío paterno, llamado Juan Bernardino, y que, en la época de las apariciones, sus padres ya habían fallecido, ocupando por ese motivo su tío Juan Bernardino el cargo de "tutor" suyo. Este cargo de "tutor" no equivale a lo que nosotros entendemos por tal, sino que era una especie de "padrino".

En la complicada estratificación social náhuatl. Cuauhtlatóhuac, el futuro Juan Diego era un "macehualtzintli" es decir "un pobre indiecito", un "pobre hombre de pueblo". El mismo dice la Virgen, excusándose del encargo de ser su mensajero ante el Obispo Zumárraga, que es "un hombre de

campo, un mecalpal, una angarilla, un rabo, un ala, y necesito ser conducido y llevado a cuestras". En el siglo XVII, un historiador lo describe como "un indio plebeyo y pobre, humilde y sin doblez". No pertenecía, pues, a ninguna de las aristocráticas familias aztecas; su ascendencia era más bien chichimeca.

¿Qué era un "macehual"? Era un hombre libre, no esclavo, pero perteneciente al grado ínfimo de la estratificación social. Era un nativo que requería ser encomendado y tutelado legal y espiritualmente. Era un súbdito, miembro de la población de base, obligado a pagar tributo.

Diversos indicios hacen pensar que fuera agricultor, pues su familia poseía algunas pobres tierras y, dada su modesta condición, parece obvio que él las trabajara. El mismo dice a la Virgen que es "un hombre de campo".

Hacia 1516, teniendo Cuauhtlatóhuac unos 42 años, casó, según el ceremonial de su pueblo, con una joven de nombre Malintzin, la que era originaria de un caserío llamado Santa Cruz del Alto. El matrimonio y el tío, cuyo nombre indígena ignoramos, vivieron en Tulpetlac, dentro de la jurisdicción de Cuautitlán y posiblemente ese caserío fuera idéntico con el de Santa Cruz del Alto, lugar de origen de Malintzin. Ateniéndonos a la terminología náhuatl, el matrimonio entre Cuauhtlatóhuac y Malintzin fue un matrimonio legítimo y no una unión libre, como las que se admitían también en las costumbres de esa cultura.

De este matrimonio afirma el "Nican Motecpana" que "ambos vivieron castamente: su mujer murió virgen; él también vivió virgen y nunca conoció mujer. Porque oyeron una vez una predicación de Fray Toribio de Motolinia (uno de lo doce primeros evangelizadores de México), sobre que la castidad era muy grata a Dios y a su Santísima Madre". Ahora bien, Fray Toribio de Motolinia vino a México hacia 1524, fecha aproximada del bautismo de Cuauhtlatóhuac y Malintzin. ¿Oyeron la predicación antes de su bautismo? ¿O bien un misterioso impulso de la gracia los movió a vivir en continencia antes aún de recibir la fe? No tenemos datos para resolver estas preguntas. Lo que sí es cierto es que de este matrimonio no hubo descendencia, y ese fue el motivo, años después por el que Juan Diego disuade a su tío de irse a vivir a la ermita: para que cuide el patrimonio, modesto ciertamente, de la familia. Un testimonio posterior dice que "por particular inspiración divina se resolvieron, de común acuerdo, a

este heroico propósito y por lo menos desde que recibieron, con el santo bautismo, la estola de la gracia, o poco después, vivieron como dos ángeles en perpetua continencia”.

Esta información sobre el matrimonio del futuro Bienaventurado no precisa si corresponde solamente al tiempo posterior a su bautismo, o si debe considerarse como valedera desde el comienzo de su unión matrimonial. La mención de la virginidad perpetua de ambos cónyuges consignada por el “Nican Motecpaña” permite pensar que la decisión excepcional data de antes del bautismo, pero esto es sólo una hipótesis.

Hay otros antecedentes que pertenecen a la época previa al bautismo de Cuauhtlatóuac, y que pueden ilustrar siquiera en forma indirecta su itinerario religioso. Estos antecedentes se refieren a la concepción religiosa de los mexicas.

Daban a una divinidad el nombre de Ometéotl, a quien atribuían el señorío de todas las dualidades y sobre todos los contrastes. Ometéotl es “aquel por quien se vive”: él es la vida misma y la participa a los demás. Ometéotl es también “el dueño del hecho mismo de estar en la cercanía y de estar alrededor”, “aquel que está junto a todo”. Lo llamaban “Señor del Cielo, de la Tierra y del Infierno”. En la teología mexica, Ometéotl es “el que pensando, se da la vida a sí mismo y a todos los demás. Hay quien cree poder afirmar que la religión azteca era monoteísta; y aunque así no fuera es perfectamente posible que el concepto de Ometéotl desempeñara realmente el papel de una preparación para la revelación cristiana.

Había también en la concepción religiosa mexicana una “Madre de todos los dioses”, “Tonantzin”, “Tonantzin”, cuyo nombre puede traducirse por “madre nuestra”, “Madrecita”, “madre venerable” y hasta “madre santísima”. Esta figura preparaba, en cierto modo, la comprensión de lo que en la fe cristiana es la Virgen María.

Es sabido que los indígenas aztecas practicaban sacrificios humanos. Se ha descrito con detalle el sanguinario y cruel de esos ritos, pero no se ha insistido tanto en que ellos tenían un profundo sentido religioso, ya que la sangre de los guerreros vencidos era el precio de la vida superior. Si la matanza de seres humanos es, indudablemente, una atroz desviación, su significado de vida es, sin embargo, un elemento rescatable. Por eso, también a través de

las tinieblas del culto mexica, podía entreverse una luz; la necesidad sacrificios humanos podía ser de alguna ayuda, purificándola por cierto, para comprender el sentido del sacrificio de Cristo, y de su multiplicada presencia en la celebración reiterada de la Eucaristía.

A este mundo religioso pertenecían Cuauhtlatóhuac y su esposa Malintzin.

2. JUAN DIEGO, CRISTIANO

Cuauhtlatóhuac y su esposa Malintzin recibieron el bautismo hacia el año 1524; él recibió el nombre de Juan Diego, y ella el de María Lucía. Pertenecieron a la primera generación de indígenas que abrazaron la fe católica.

¿Quién sería el sacerdote que lo bautizó? Tal vez fue el venerable padre Fray Toribio de Benavente. Virtuoso religioso, muy amante de la pobreza, a quien los indígenas respetaban profundamente y dieron por sobrenombre "Motolinia", o sea el pobrecito". Probablemente en esa misma época recibió también el bautismo Juan Bernardino, el tío de Juan Diego.

El nombre de María Lucía puede haber sido escogido como una forma de traducir en nombres cristianos el de Malintzin: hay cierta semejanza fonética entre ambos nombres.

El nombre compuesto de Juan Diego parece haber sido común en los comienzos de la conquista de América. Evocaba a la Reina Doña Juana, hija de los Reyes Católicos y su heredera, y a Diego Colón, el primer gobernador de la Indias, hijo del descubridor Cristóbal Colón. En la segunda mitad del siglo XVI, el nombre de Juan Diego era frecuente en México y hay estudios que demuestran la preferencia de los indígenas por ese nombre compuesto, preferencia que no puede explicarse satisfactoriamente sino por el recuerdo del indio vidente del Tepeyac, ya entonces tenido por santo.

El bautismo no mudó el marco externo de la vida de Juan Diego; siguió siendo un pobre hombre campesino, sencillo y sin pretensiones. Lo nuevo fue el cambio interior que experimentó: sentía hambre de las cosas de Dios, como el Nican Mopohua dice

que el día de la primera aparición “venía en pos de Dios” y de sus mandatos”. El mismo explica a la Virgen que va a “México Tlatelolco, a seguir las cosas de Dios” que nos dan y nos enseñan quienes son las imágenes (delegados) de Nuestro Señor: nuestros sacerdotes”.

Juan Diego asistía en Tlatelolco a la catequesis de los días sábados, en el convento de San Francisco, y para llegar allí debía recorrer, a pie, cerca de ocho kilómetros, desde Tulpetlac, lugar en que vivía. Tal vez haya sido Tlatelolco el lugar de su bautismo, y eso explicaría, en parte, su vinculación con ese convento. En todo caso, el Nican Mopohua dice que Juan Diego era vecino de Cuautitlán “y en las cosas de Dios, en todo caso pertenecía a Tlatelolco”.

Una imagen de Juan Diego, pintada por Miguel Cabrera en 1751, lo representa caminando, vestido a la usanza indígena, con un sombrero en la mano izquierda y un bastón de peregrino en la derecha. Sus facciones tienen los típicos rasgos de un indígena, su mirada se dirige hacia delante como quien espera ver algo en lejanía, su gesto es sereno y su rostro apacible, enmarcado por una barba corta. Llama la atención su paso: la distancia entre los pies denota un caminar firme y rápido, casi apresurado. Va calzado con sandalias, como las que usaba la gente de su clase. Juan Diego: un peregrino, un buscador. ¿De qué? De Dios y de las cosas de Dios.

La eclesiología de Juan Diego es muy simple: ve en los sacerdotes las “imágenes” de Nuestro Señor. A catorce siglos de distancia, su comprensión del papel de los ministros de la Iglesia es, expresada en una palabra, la misma que la de San Ignacio de Antioquía, el gran Obispo mártir del siglo II.

Testimonio que remontan a contemporáneos de Juan Diego dicen que el futuro vidente era, aún antes de la aparición, “muy buen cristiano y temeroso de Dios”. Estas pocas palabras insinúan la vida espiritual profunda y simple de Juan Diego.

Diversas fuentes nos informan acerca de su afecto, podríamos decir filial, hacia su tío Juan Bernardino, de quien poco sabemos, pero que fue también beneficiario de una aparición de la Virgen María, la última de las cinco que tuvieron lugar en diciembre de 1531.

Hacia 1529, unos trece años después de su matrimonio y cinco después de su bautismo, falleció María Lucía, la esposa de Juan Diego, quien permaneció viudo hasta su muerte.

La imagen espiritual de Juan Diego antes de las apariciones, corresponde a un cristiano fervoroso, "comprometido" diríamos hoy día, ocupado en quehaceres laicales, un hombre de su pueblo, sencillo y de gran fe. Nada hacía prever que iba a ser el primer americano agraciado con una manifestación de María Santísima.

Juan Diego, ¿hablaba castellano? Es indudable que su lengua materna era el náhuatl. Es más que seguro que era lengua empleada de preferencia, pero parece probable que comprendiera y aún hablara castellano, aunque tal vez no con soltura y corrección. Esto parece deducirse del hecho que, al excusarse ante la Virgen por no querer volver a entrevistarse con el Obispo Zumárraga, no alega ignorancia de la lengua castellana. Además, en sus entrevistas con él, no aparece interviniendo ningún intérprete, aunque la duda que expresa acerca de si el Obispo lo haya entendido bien puede sugerir que Juan Diego sabía que su manejo del castellano era limitado o defectuoso.

3. LAS APARICIONES

El relato de las apariciones de la Santísima Virgen María al pobre indio Juan Diego está consignado en el escrito en lengua náhuatl, llamado por las primeras palabras de su texto, cuyo autor es el sabio indígena don Antonio Valeriano. La fecha de su composición puede fijarse entre los años 1545 y 1550, y es por lo tanto contemporáneo a Juan Diego o muy poco posterior a su muerte, acaecida en 1548. Ese escrito no puede resumirse ni extractarse, porque perdería el encanto literario que posee, aura de simplicidad, de ternura y de delicadeza, que hacen de él una joya única de la hagiografía americana.

Aquí se citarán trozos importantes del escrito, los necesarios para ilustrar la figura espiritual del Beato Juan Diego. Indisoluble unida a las apariciones de la Virgen de Guadalupe.

Las apariciones fueron cinco: cuatro a Juan Diego y una a su tío Juan Bernardino. Las que tuvieron por vidente a Juan

Diego ocurrieron dos el día 9 de diciembre de 1531, una en la mañana y otra en la tarde; una el día 10, y la cuarta el día 12 del mismo mes y año. Esta última fecha es también la aparición a Juan Bernardino.

a) Las dos primeras apariciones.

La primera aparición, el día 9 de diciembre tuvo lugar muy de mañana. Juan Diego iba desde Cuautitlán hacia Tlatelolco. Era día sábado y su propósito era participar en el catecismo semanal.

Al pasar junto al cerrito de Tepeyac, oyó un hermoso canto de pájaros, tan hermoso que pensó estar soñando y creyó que estaba en el paraíso. Mirando hacia el lugar de donde procedía el canto, oyó que lo llamaban: "¡Juanito, Juan Dieguito!". Fue hacia el lugar, y llegando a la cumbre del cerrito vio a una doncella que lo llamaba para que se acercara. Era muy bella, su ropaje relucía y todo lo que había cerca estaba como transfigurado de hermosura. Juan Diego se postró y escuchó su palabra, que era afable, como una persona que lo atraía y estimaba mucho. Ella le dijo. "Juanito el más pequeño de mis hijos, ¿a dónde te diriges?". El le contestó: "Mi Señora, Reina, niña mía, tengo que llegar a tu casita de México Tlatelolco, a seguir las cosas de Dios que nos dan y nos enseñan quienes son imágenes de Nuestro Señor: nuestros sacerdotes".

La Virgen le habló largamente:

"Sábelo, ten por cierto, hijo mío el más pequeño que yo soy la perfecta siempre Virgen Santa María, Madre del verdadero Dios por quien se vive, el creador de las personas, el que está cerca de todo, el dueño del cielo y de la tierra. Mucho quiero y deseo que aquí me levanten mi casita sagrada, en donde lo mostraré, lo enseñaré al ponerlo de manifiesto. (Estas palabras parecen referirse a Jesucristo; así algunos traductores). Daré a las gentes todo mi amor personal, mi mirada compasiva, mi auxilio, mi salvación. Porque yo soy en verdad vuestra madre compasiva, tuya y de todos los hombres que estáis juntos en esta tierra, y de las demás estirpes de hombre que me amen. A los que a mí clamen, a los que me busquen, a los que confían en mí, allí escucharé su llanto y su tristeza para remediar todas sus diferentes penas, sus miserias, sus dolores. Y para realizar lo que

pretende mi compasiva mirada misericordiosa, anda al palacio del Obispo de México, y le dirás que yo te envío para manifestarle mi gran deseo de que aquí me edifiquen una casa, me erija en el llano mi templo. Le contarás todo cuanto has visto y admirado, y lo que has oído. Y ten por seguro que mucho te lo agradeceré y te lo pagaré; que por ello te haré feliz y te glorificaré, y mucho merecerás que yo retribuya tu cansancio y tu servicio con que vas a solicitar el asunto al que te envío. Ya has oído, hijo mío el más pequeño, mi aliento, mi palabra: anda, haz lo que esté de tu parte”.

La respuesta de Juan Diego fue muy simple. Postrado, le dijo. Señora niña mía, ya voy a realizar tu venerable aliento (voz), tu venerable palabras; por ahora de ti me aparto, yo tu pobre indiecito”.

Las palabras de la Virgen a Juan Diego debieron ser recibidas por él con un sentimiento de naturalidad muy grande: ella le hablaba de Dios con términos familiares para una mexicana, y se presentaba a sí misma bajo la imagen maternal que ellos también conocían en su religión. La breve respuesta del indio refleja una simple convicción acerca de lo que está viviendo, sin género de dudas, y por otra parte, una voluntad pronta voluntad pronta a cumplir el encargo. En ese momento Juan Diego no vislumbra todavía las dificultades con que iba a encontrarse.

La misión de Juan Diego ante Fray Juan de Zumárraga no era nada fácil. Este religioso Franciscano era a la sazón sólo electo Obispo: no había recibido aún la consagración episcopal, lo que se explica por las dificultades de traslado en aquellos tiempos, para ir donde otro Obispo que lo pudiera ordenar. Era un hombre muy virtuoso y enemigo de la ociosidad; vasco, enérgico, “un frailazo de cuerpo entero”, como dicen de él los historiadores. No debe haber sido nada amigo de visiones y, como hombre de la estirpe de los conquistadores, es bien posible que haya tenido algún recelo con respecto a los indígenas, cuya religión les parecía abominable paganismo. Hacía poco más de una año que Zumárraga estaba en México Tlatelolco.

Llegó Juan Diego a México y pidió a los servidores del Obispo que lo dejarán verlo. Después de mucho rato, Fr. Juan de Zumárraga lo recibió y escuchó el relato. No se convenció, pero trató a Juan Diego con benevolencia y le dijo que lo recibiría en

otra ocasión. El pobre indio salió triste de su primera entrevista, y se volvió a su casa, al atardecer.

Al llegar al cerrito, subió a la cumbre; la Virgen lo estaba esperando. Juan Diego recibía pues, por segunda vez en un mismo día, la manifestación de María. Se postró por tierra y le dijo: "Dueña mía, Señora, Reina, hija mía la más pequeña, mi muchachita, ya fui donde me mandaste a cumplir tu amable aliento (voz), tu amable palabra. Aunque difícilmente entre donde es el lugar del Gobernante Sacerdote, lo vi ante el expuse tu aliento, tu palabra, como me lo mandaste. Me recibió amablemente y lo escuché perfectamente, pero, por lo que me respondió, como que no entendió o no lo tiene por cierto. Me dijo: otra vez vendrás; con calma te escucharé, desde el principio veré bien el motivo de tu venida, tu deseo, tu voluntad: Me di cuenta, por lo que me respondió, que piensa que la casa que quieres que te hagan aquí, tal vez soy yo quien lo inventó, o que tal vez no es de tus labios. Mucho te suplico, Señora mía, Reina, muchachita mía, que a alguno de los nobles y estimados, que sea conocido, respetado y honrado, le encargues que transmita y lleve tu amable palabra para que le crean".

Juan Diego se explayó así en expresiones de profunda humildad, insistiéndole a la Virgen en que lo dispensara del encargo, por temor a no ser creído y no poder cumplirlo.

Pero la Virgen no aceptó sus excusas, y le dijo: Escucha, tu, el más pequeño de mis hijos, ten por cierto que no son escasos mis servidores y mensajeros, a quienes puedo encargar que lleven mi aliento y mi palabra, para que realicen mi voluntad, pero es muy necesario que tú, personalmente, vayas y ruegues, y que por tu intermedio se realice y se lleve a efecto mi querer y mi voluntad. Y mucho te ruego, hijo mío el más pequeño, y aún con rigor te lo mando, que otra vez vayas mañana a ver al Obispo. Y de mi parte hazle saber, hazle oír mi querer y mi voluntad, para que realice y haga el templo que le pido. Y dile de nuevo qué yo en persona, la siempre Virgen María, yo que soy la Madre de Dios, te envío".

Juan Diego acogió de inmediato el encargo, aunque temeroso. Dijo a la Virgen: Señora mía, Reina, muchachita mía, que angustie yo con pena tu rostro y tu corazón; con todo gusto iré a poner por obra tu aliento, tu palabra: de ninguna manera lo dejaré de hacer, ni estimo molesto el camino. Iré a poner por obra tu voluntad, pero tal vez no seré oído, y si fuere oído quizás no

seré creído. Mañana (domingo) en la tarde, cuando se ponga el sol vendré a traer respuesta a tu palabra y a tu aliento, según lo que me responda el Gobernante Sacerdote. Ya me despido de ti respetuosamente, hija mía la más pequeña, Señora y niña mía; descansa entretanto". Y Juan Diego regresó a su casa a descansar del largo viaje a pié que había hecho hasta México Tlatelolcco.

b) La tercera aparición.

Al día siguiente, el domingo 10 de diciembre, muy de mañana, Juan Diego se puso en camino hacia Tlatelolco. A las diez de la mañana ya había participado en la Santa Misa, se había pasado la lista de los asistentes al catecismo y se dirigió al palacio del Obispo.

Le costó mucho que lo recibiera, pero al fin lo logró. Con lágrimas y arrodillado a los pies de Fr. Juan de Zumárraga, le volvió a explicar el mensaje de la Reina del Cielo, lo hizo con tristeza, por temor de que no se le creyera. El Obispo lo interrogó con mucho detalle para cerciorarse de la verdad de la aparición, pero tampoco esta vez dio curso a la petición de la Virgen sino que pidió a Juan Diego que obtuviera de la Virgen una señal. Sin embargo Zumárraga ya estaba preocupado: Juan Diego afirmaba la aparición sin vacilaciones ni dudas, sin incurrir en contradicciones. Así es que despidió a Juan Diego, e hizo que lo siguieran algunas personas de su confianza. Sucedió entonces que esas personas perdieron de vista a Juan Diego, y regresaron donde el Obispo enojados, diciéndoles que Juan Diego era un embustero, un iluso o un soñador. Parece que estas acusaciones algo impresionaron al Obispo.

Entretanto Juan Diego había llegado al cerrito de Tepeyac y allí se le volvió a manifestar la Santísima Virgen, a quien contó el resultado de su reciente entrevista con el Obispo Zumárraga. La Virgen le dijo: "Bien está hijito mío. Volverás aquí mañana para que lleves al Obispo la señal que te ha pedido. Con eso te creerá y ya no dudará acerca de esto ni sospechará más de ti, y has de saber, hijito mío, que yo te pagaré tu preocupación y el trabajo y cansancio que por mí te has tomado. Vete ahora, que mañana te espero aquí".

c) **La cuarta aparición.**

Juan Diego no volvió al día siguiente, lunes 11 de diciembre, porque entretanto se había enfermado su tío Juan Bernardino. La enfermedad era grave, tal vez un tifus. Juan Diego le llevó médico, pero ya era tarde, así es que en la noche Juan Bernardino, sintiendo que la muerte estaba cercana, pidió a Juan Diego que fuera a Tlatelolco a buscar un sacerdote para confesarse y prepararse a bien morir.

El martes 12, antes que amaneciera, Juan Diego se puso en camino hacia México Tlatelolco, en busca de sacerdote. Pero, al acercarse al cerrito del Tepeyac, decidió dar un rodeo "no vaya a ser que me vea esta Señora y seguro, como antes, me detendrá para que le lleve la señal al gobernante eclesiástico, como me lo mandó". Juan Diego consideraba que la obligación de piedad hacia su tío-tutor no admitía dilación, y el tío aguardaba con impaciencia el socorro espiritual del sacerdote. Dio pues el rodeo, pensando que así la Señora no lo podría ver, pero se equivocaba pues perfectamente a todas partes está mirando".

La Virgen "le vino a salir al encuentro a un lado del cerro, le vino atajar los pasos y le dijo: "Qué pasa, el más pequeño de mis hijos? ¿Adónde vas, adónde te diriges? "Juan Diego se apenó, se avergonzó y tuvo miedo. Se postró ante la Virgen, la saludo y le dijo: Mi Señora, hija mía la más pequeña, niña mía, ojalá que estés contenta. ¿Cómo amaneciste? ¿Estás bien de salud, Señora y niña mía? Con pena angustiaré tu rostro y tu corazón: te ruego saber, niña mía que está muy grave un servidor tuyo, tío mío... le ha venido una grave enfermedad y seguro que pronto va a morir de ella. Ahora voy a prisa a tu casita de México, a llamar a alguno de los sacerdotes, amados de Nuestro Señor, para que vaya a confesarlo y a prepararlo, porque en realidad para ello nacimos: vinimos a esperar el sufrimiento de nuestra muerte. Más, si voy a llamarlo, luego volveré aquí otra vez para ir a llevar tu aliento y tu palabra, Señora mía y niña mía. Te ruego me perdones, ten todavía un poco de paciencia, porque no te engaño, hija mía la más pequeña, niña mía. Mañana sin falta vendré a toda prisa. En cuanto oyó las razones de Juan Diego, le respondió la Piadosa Virgen: Escucha, ponlo en tu corazón, hijo mío el más pequeño, que no es nada lo que te espanta y aflige; que no se perturbe tu rostro ni tu corazón; no temas, esta enfermedad ni ninguna otra, ni angustia alguna. ¿No estoy aquí yo, que soy tu madre? ¿No

estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, entre mis brazos cruzados? ¿Tienes necesidad de alguna otra cosa? Que ninguna cosa te aflija ni te perturbe; que no te aflija la enfermedad de tu tío, porque no morirá ahora de ella. Ten por cierto que ya sanó". En aquel mismo momento la Virgen se apareció a Juan Bernardino, y lo sanó, "Juan Diego, cuando oyó la amable palabra, el amable aliento de la Reina del Cielo, se consoló muchísimo y se puso muy contento y le suplicó que inmediatamente lo mandará a ver al señor Obispo, y a llevarle alguna señal o prueba para que creyera. La Virgen le mandó que subiera a la cumbre del cerrito donde la había visto la primera vez, y le dijo: "Sube, hijo mío el más pequeño, a la cumbre del cerrillo, allí donde me viste y te di órdenes; allí verás diferentes flores córtalas, recógelas y ponlas todas juntas; luego baja aquí; tráelas aquí, a mi presencia". Juan Diego subió el cerrito y quedó admirado de la cantidad de flores que allí había, muy variadas y hermosas, y se extrañó mucho porque no era aún tiempo de flores, ya que hacía mucho frío y porque en la cumbre del cerrito no se daban flores, sino sólo riscos, abrojos, espinos y tunas. Además en diciembre el hielo quema la vegetación. Las flores daban una suave fragancia. Comenzó Juan Diego a cortarlas y las puso en el hueco de su tilma, especie de delantal que usaban los indígenas. Se las llevó a la Virgen, quien las tomó con sus manos y volvió a ponerlas en el hueco. Y le dijo: "Mi hijo, el más pequeño, estas diversas flores son la prueba y señal que llevarás al Obispo; de mi parte le dirás que vea en ella mi deseo, y que realices mi querer y voluntad. Tu que eres mi mensajero, muy digno de confianza: te mando con rigor que nada más que a solas, en la presencia del Obispo extiendas tu ayate, y le muestres lo que lleva. Y le contarás todo detalladamente, le dirás que te mandó que subieras a la cumbre del cerrito a cortar flores, y le contarás cada cosa que viste y admiraste, para que puedas convencer al Obispo, para que luego ponga lo que está de su parte a fin de que se haga y se levante mi templo que le he pedido".

Juan Diego se dirigió apresuradamente a México, tranquilo sereno, y seguro de que su misión tendría buen éxito. Caminó con mucho cuidado para que nada de lo que llevaba en el ayate se cayera, e iba sintiendo el perfume de las flores.

d) La tercera entrevista con el Obispo.

Cuando llegó al palacio del Obispo, los porteros y servidores no acogieron bien al pobre indio. Se hacían como que no le entendían. Tuvo que esperar mucho rato, quizás porque aún era temprano. Esperó de pié, cabizbajo, sin moverse, y dando a entender con su actitud que algo traía en su ayate. Los servidores sintieron curiosidad por saber qué era lo que traía. Quizás pensaron que sería un modesto obsequio para el Obispo. Juan Diego, temeroso de que lo pudieran golpear, les mostró un poco las flores y los servidores se admiraron de lo hermosa que eran, de la abierta que estaban y del aroma que exhalaban. Quisieron tomar algunas, pero no pudieron hacerlo, porque al intentarlo las flores aparecían como pintadas o bordadas en la tilma del indio. Fueron entonces a avisar al Obispo y a decirle que Juan Diego estaba esperándolo hacía mucho rato, y deseaba verlo, y le contaron lo que habían visto. El Obispo Zumárraga comprendió que las flores eran el signo que él había pedido, y lo recibió de inmediato. Juan Diego se postró en su presencia y le relató con detalle la visión de esa mañana y el milagro de las flores. Lo hizo teniendo aún cerrado el ayate, y cuando terminó su relato "luego extendió su blanca tilma, en cuyo hueco había colocado las flores. Y así como cayeron al suelo todas las variadas flores preciosas, luego allí se convirtió en señal, se apareció de repente la amada imagen de la perfecta Virgen Santa María. Madre de Dios, en la forma y figura que ahora está, en que ahora es conservada en su sagrada casita en el Tepeyac, que se llama Guadalupe. Y en cuanto la vio el Obispo y todos los que allí estaban, se arrodillaron y mucho la admiraron. Se pusieron de pie para verla, se entristecieron y se afligieron, suspenso el corazón y el pensamiento. Y el Obispo con el llanto y con tristeza, le rogó y le pidió perdón por no haber realizado luego su voluntad, su venerable aliento, su venerable palabra. Y cuando se puso de pie, desató del cuello de donde estaba atada la vestidura, la tilma de Juan Diego en la que se apareció, en donde se convirtió en señal la Reina celestial. Y luego la llevó y la fue a colocar a su oratorio".

El Obispo Zumárraga dejó un día a Juan Diego en su casa, y al día siguiente le dijo: "Anda, vamos a que muestres dónde es la voluntad de la Reina del Cielo que le erigen un templo". Y con varias personas fueron al lugar, al cerrito de Tepeyac, para dar comienzo a la obra.

e) **La quinta aparición.**

Una vez que Juan Diego hubo mostrado el lugar, pidió permiso para ir a ver a su tío Juan Bernardino, a quien había dejado tan gravemente enfermo y para quien había dispuesto ir a buscar un sacerdote cuando la Virgen le dijo que ya había sanado. No lo dejaron ir solo, sino que lo acompañaron probablemente los servidores del Obispo, aunque no el mismo Fr. Juan de Zumárraga.

Al llegar vieron que efectivamente Juan Bernardino estaba completamente sano, y Juan Bernardino se extrañó mucho de que su sobrino llegara con tanto acompañamiento y de que lo trataran con respeto. Juan Diego le contó la aparición en el Tepeyac y la misión ante el Obispo. Juan Bernardino le contó entonces que efectivamente había sido en aquel mismo momento cuando había sanado y que había visto a la Virgen exactamente como la había visto su sobrino, y que Ella lo había enviado también a él a ver al Obispo y que le contará cómo lo había sanado, agregándole que se la llamaría como "la perfecta Virgen Santa María de Guadalupe".

También Juan Bernardino, acompañado por Juan Diego, fue a visitar al Obispo y a testificar esta quinta aparición. Fray Juan de Zumárraga los hospedó varios días en su casa, mientras se comenzaba la edificación del templo.

"Y el señor Obispo trasladó a la Iglesia Mayor la amada imagen de la amada Niña celestial. La vino a sacar de su palacio, de su oratorio en donde estaba, para que todos la vieran y admiraran la amada imagen.

Y absolutamente toda esta ciudad, sin faltar nadie, se estremeció cuando vino a ver y a admirar su preciosa imagen. Venían a reconocer su carácter divino. Venían a presentarle sus plegarias. Mucho admiraron en qué milagrosa manera se había aparecido, puesto que absolutamente ningún hombre de la tierra pintó su amada imagen".

Se han citado textualmente, a partir de las traducciones disponibles, partes importantes del relato del Nican Mopohua acerca de las apariciones porque es insustituible el aroma de simplicidad que conserva ese testimonio primitivo. En la trama banal de una existencia campesina, se entreteje la primera aparición de María a un pobre indio, en esas tierras de América.

Todo en el relato guarda sabor de la sencillez; el lenguaje cándido del indio, su profunda humildad, sus sentimientos de respetuosa ternura hacia la Niña y Señora que lo favorecía con su visión, las dudas del Obispo, el afecto familiar de Juan Diego hacia su tío Juan Bernardino.

f) Lecciones

¿Qué destaca es estos relatos como características espirituales de Juan Diego?

Ante todo su humildad, el reconocimiento de su pobreza. Es, simplemente, la aceptación de la verdad. Ni un asomo de resentimiento, ni la menor búsqueda de ventajas personales. Es el servidor fiel, que se esmera en servir, y que se considera suficientemente recompensado por el hecho mismo de haber podido cumplir su misión. La cumple calladamente, exactamente.

Su humildad corre parejas con su fidelidad. De inmediato hace suyo el encargo de María. Tiene confianza en ella, aunque piensa que él no es el instrumento adecuado. El gran apoyo de su fidelidad es su veracidad: comunica un tesoro que no es suyo y de cuyos alcances ni siquiera tiene plena conciencia.

Juan Diego es hombre de Iglesia. Asiduo al catecismo, devoto de la santa Misa, respetuoso de los sacerdotes y consciente de que es a la autoridad del Obispo a quien compete reconocer la autoridad de la aparición. Nada más ajeno a él que una actitud de rebeldía o de "autonomía". Tal vez sabía todo eso por el catecismo, pero ahora lo sabe, además, por el testimonio mismo de Reina del Cielo: Ella desea un templo, pero deberá autorizarlo Fr. Juan de Zumárraga

Juan Diego es un apóstol. Se preocupa que su tío Juan Bernardino reciba los sacramentos antes de la muerte, que creía próxima. Para ello se dispone a hacer un largo viaje y considera que este debe primar por sobre una eventual visión. "Primero el deber, después la devoción", decían nuestros mayores.

Juan Diego es profundamente humano. Lo prueba el afecto hacia su tío, y lo prueba también el lenguaje con que se dirige a la Virgen María.

¿Comprendió Juan Diego qué quería decirle la Virgen cuando le afirmó que ella lo "enriquecería", lo "glorificaría" y le retribuiría con largueza? Lo más probable es que no haya sospechado el alcance de las palabras de María. Diríase más aún: en su profunda humildad ni pensó en los beneficios personales que le traería la visión. El seguiría siendo un pobre macehual, servidor de la Niña Reina. Madre de Dios por quien todos viven y que está cerca de todos.

¿Qué cerca está Juan Diego del poema de las Florecillas de San Francisco! No en balde habían sido frailes franciscanos quienes lo habían introducido en la fe. Y Fraile de San Francisco el Obispo Zumárraga. Juan Diego era un pobre según el sentido de la bienaventuranza evangélica, y acaso su pobreza espiritual tuviera algo que ver con el testimonio de Fray Toribio de Benavente, llamado por los indígenas "el pobrecillo", como su padre, San Francisco

4. Custodio de la Ermita

Poco tiempo de la construcción del primer y modesto templo en la ladera del Tepeyac, Juan Diego se trasladó a vivir junto a la ermita.

Dice el Nican Montecpana que "a Juan Diego, por haberse entregado enteramente a su ama, la Señora del Cielo, le afligía mucho que estuvieran tan distantes su casa y su pueblo, para servirle diariamente y hacer el barrido; por lo cual suplicó al señor Obispo poder estar en cualquier parte que fuera, junto a las paredes del templo, y servirle. Accedió (el Obispo) a su petición, y le dio junto al templo de la Señora del Cielo, porque le quería mucho el señor Obispo. Inmediatamente Juan Diego se cambió y abandonó su pueblo: partió dejando su casa y su tierra a su tío Juan Bernardino".

¿Qué hacía Juan Diego junto a la Ermita? Dice D. Fernando de Alva Ixtlixóchitl que "a diario se ocupaba en cosas espirituales, y barría el templo. Se postraba ante la Señora del Cielo y la invocaba con fervor, frecuentemente se confesaba; comulgaba; ayunaba; hacía penitencia; se disciplinaba; se ceñía cilicio de malla; se escondía en la sombra para poder entregarse a solas a la oración y estar invocando a la Señora del Cielo".

Su tío, Juan Bernardino "viendo que (Juan Diego) servía muy bien a nuestro Señor y a su preciosa Madre, quería seguirle (para vivir también en la ermita) y estar ambos juntos: pero Juan Diego no accedió. Le dijo que convenía que se estuviera en su casa, para conservar las casas y tierras que sus padres y abuelos les dejaron; porque así había dispuesto la Señora del Cielo, que él estuviera solo".

Ya entonces la fama de santidad de Juan Diego estaba sólidamente asentada. La gente lo llamaba "varón santo" y aún "varón santísimo". Tal vez fue esa fama la que movió al Obispo Zumárraga a concederle el privilegio, singular en aquellos tiempos, de poder recibir la Sagrada Comunión tres veces por semana.

Testimonios antiguos dicen que Juan Diego "predicaba" en la Ermita, es decir, hablaba a los peregrinos que acudían a ese lugar, de Dios y de su Madre, de la vida cristiana, y, con toda probabilidad de las apariciones.

Los mismos testimonios dicen que la gente le pedía su intercesión ante la Reina del Cielo, y que sus oraciones alcanzaban muchos favores o gracias.

Esta vida de simplicidad y de humilde servicio duró dieciséis años y medio. Una existencia humanamente oscura y sin relieve, pero un tesoro de fidelidad y de contemplación a los ojos de Dios. El pueblo fiel supo aquilatar la virtud del vidente y se cuenta que los padres de familia bendecían a sus hijos diciéndoles "que Dios os haga como Juan Diego".

5. Su muerte

Es siempre D. Fernando de Alva, en el Nican Motechpana, quien nos informa sobre la muerte del Beato Juan Diego.

"Después de dieciséis años de servir allí (en la ermita) Juan Diego a la Señora del Cielo, murió en el año 1548 (el día 12 de Junio), a la sazón que murió el señor Obispo (Zumárraga, el 3 del mismo mes) a su tiempo le consoló mucho la Señora del Cielo, quien lo vio y le dijo que ya era hora de que fuese a conseguir y gozar en el cielo cuanto le había prometido". Fue, pues, poco

antes de su muerte, cuando Juan Diego, fue confortado con una quinta visión de la Virgen María. Cuando murió "andaba en los setenta y cuatro años, y fue sepultado en el templo. La Purísima, con su precioso Hijo llevó su alma a dónde disfruta de la gloria celestial".

Inútiles han sido los esfuerzos para ubicar la tumba de Juan Diego.

Cuatro traslados acerca de los cuales faltan datos exactos, han hecho perder el rastro de su tumba y de la de su tío Juan Bernardino, quien, habiendo fallecido el 15 de mayo de 1544, también había sido sepultado en la ermita, con autorización del Obispo Zumárraga, ¿Simple coincidencia? Quizás. Pero puede ser que en este hecho haya sido algo más: una expresión de la humildad que marcó todo la existencia de Juan Diego: el pobre servidor de María, el indiecito macehual, el custodio solitario, el hombre olvidado de sí mismo, no tendría en este mundo sepultura conocida. Solo sabemos que sus cenizas descansan bajo la antigua Basílica y que allí, sin tener tumba grandiosa y sin que podamos venerarlos, sus restos esperan la resurrección.

Juan Diego, humilde en su nacimiento, humilde en su vida, humilde en su misión de mensajero, humilde sacristán, humilde en su muerte. Y hasta humilde en su beatificación, ocurrida en la forma menor de "confirmación de su culto", y a los 442 años de su muerte.

¿No es acaso el testimonio de este bienaventurado un hermoso reflejo de la humildad de María, que se reconoció pequeña y enderezó, por ello, toda la gloria a Dios. (Lc 1,47s)?

6. El testimonio del Papa Juan Pablo II

El domingo 6 de Mayo de 1990, el Santo Padre Juan Pablo II, en la Basílica de Guadalupe, beatificó a los niños indígenas, mártires de Ilaxela, Cristóbal, Antonio y Juan, al P. José María Yermo y Parres, y confirmó el culto de Juan Diego.

He aquí la parte de su homilía referente al bienaventurado Juan Diego.

“En los albores de la evangelización de México tiene un lugar destacado y original el Beato Juan Diego, cuyo nombre indígena, según la tradición, era Cuauhtlatóhuac, “águila que habla”.

Su amable figura es inseparable del hecho guadalupano, la manifestación milagrosa y maternal de la Virgen, Madre de Dios, tanto en los momentos iconográficos y literarios, como en la secular devoción que la Iglesia de México ha manifestado por este indio predilecto de María.

A semejanza de los antiguos personajes bíblicos, que eran una representación colectiva de todo el pueblo, podríamos decir que Juan Diego, representa ayuda maternal de María, inseparable siempre de la manifestación de su hijo y de la implantación de la Iglesia, como le fue su presencia entre los Apóstoles el día de Pentécostes.

Las noticias que de él (de Juan Diego) nos han llegado encomian sus virtudes cristianas; su fe sencilla, nutrida en la catequesis y acogedora de su coherencia moral, su desprendimiento y pobreza evangélica.

Llevando vida de ermitaño aquí, junto al Tepeyac, fue ejemplo de humildad. La Virgen lo escogió entre los más humildes para manifestación condescendiente y amorosa, cual es la aparición guadalupana. Un recuerdo permanente de esto es su rostro materno y su imagen bendita, que nos dejó como inestimable regalo. De esta manera quiso quedarse entre vosotros, como signo de comunión y de unidad de todos los que tenían que vivir y convivir en esta comunión y de unidad de todos los que tenían que vivir y convivir en esta tierra.

El reconocimiento del culto hace siglos, se ha dado al laico Juan Diego, reviste una importancia particular. Es una fuerte llamada a todos los fieles laicos de esta nación para que asuman todas sus responsabilidades en la transmisión del mensaje evangélico y en el testimonio de una fe viva y operante en el ámbito de la sociedad mexicana. Desde este lugar privilegiado de Guadalupe, corazón del México siempre fiel deseo convocar a todo el laicado mexicano a comprometerse más activamente en la evangelización de la sociedad...

Hombres y mujeres católicos de México, vuestra vocación cristiano es, por su misma naturaleza, vocación al apostolado. No podéis, por tanto, permanecer indiferentes ante el sufrimiento de vuestros hermanos; ante la pobreza, la corrupción, los ultrajes a la verdad y a los derechos humanos. Debéis ser sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt. 5, 9 – 14). Por eso el Señor os repite hoy: “brille así vuestra luz delante de los hombres para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mt 5, 16).

Brille también ante vosotros, desde ahora, Juan Diego, elevado por la Iglesia al honor de los altares, y al que podamos invocar como protector y abogado de los indígenas”.

Oración

Dios Todopoderoso, origen de la vida de todos los que viven y Padre amoroso de todos los hombres, te suplicamos por la intercesión del bienaventurado indio Juan Diego, mensajero de la Virgen de Guadalupe, que nos concedas la gracia de servirte con humildad de corazón y con prontitud de voluntad, escuchando fielmente tu palabra y poniéndola por obra con sencillez y perseverancia hasta el último día de nuestra vida terrenal. Por Jesucristo, nuestro Señor, que vive y reina contigo, en la unidad del Espíritu Santo, y es Dios por los siglos de los siglos. Amén.

CRONOLOGÍA DEL BEATO JUAN DIEGO

- 1474ca. En este año, con aproximación bastante exacta, nace en el poblado de Ilayácac, aledaño de Cautitlán. Su nombre en lengua náhuatl fue Cuauhtlatóhuac,
- 1516ca. Contrae matrimonio con Malintzin, originaria de Santa Cruz del Alto, siendo ambos aún paganos.
- 1524ca. Recibe el bautismo, junto con su esposa. El toma el nombre cristiano de Juan Diego y ella el de María Lucía.
- 1529ca. Fallece María Lucía. Juan Diego permanece viudo.

Entre los días 9 y 12 de diciembre tiene lugar las cuatro apariciones de la Santísima Virgen María a Juan Diego, en el cerrito del Tepeyac, y una quinta a su tío Juan Bernardino, en Cuautitlán.

A poco de construirse la ermita de Tepeyac, Juan Diego va a vivir junto a ese lugar, consagrándose a su cuidado.

El 15 de mayo fallece Juan Bernardino, el tío de Juan Diego, y es sepultado en la ermita del Tepeyac.

El 3 de junio, fallece en la ciudad de México el Ultmo. Obispo Fr. Juan de Zumárraga.

El 12 de junio fallece, junto a la ermita de Tepeyac, Juan Diego, y es sepultado en ella.

El Santo Padre Juan Pablo II aprueba el culto que desde hace siglos se tributa a Juan Diego, y lo declara Bienaventurado, elevándolo al honor de los altares. Este acto tiene lugar en la Basílica del Nuestra Señora de Guadalupe, el domingo 6 de mayo de 1990.

FECHAS DE LAS APARICIONES

- 09.12.1531: Primera aparición a Juan Diego, muy de mañana
- id. : En la tarde, segunda aparición a Juan Diego.
- 10.12.1531: En la tarde tercera aparición a Juan Diego.
- 12.12.1531: En la mañana, cuarta aparición a Juan Diego.
- Id : En la mañana, quinta aparición, en su casa, Juan Bernardino.
- 1548 Junio (?) La Virgen se aparece al B. Juan Diego para anunciarle su próxima muerte y su entrada en la gloria.